

Eros en la lírica latina

Líricos romanos

Mario Javier Pacheco

Introducción

El siglo I a.C. en Roma es siglo de convulsiones sociales: en el año 53 los Partos derrotan a los romanos, en el 49 Julio Cesar cruza el río Rubicón y al levantarse contra la República ocasiona la Segunda Guerra Civil de Roma. En el 44 Julio Cesar es asesinado con participación de Bruto. En el 31 se produce la Tercera Guerra Civil y en el 27 termina la época de la República y nace el Imperio Romano.

El siglo I a.C. es también el siglo de los poetas elegiacos quienes tienen el sino de la inspiración y de la muerte joven, tan solo Ovidio sobrepasa los cincuenta años. Lucrecio nace en el 99 a.C. y muere de 44 años en el 55 a.C.; Catulo nace en 87 a.C. y muere de 30 años en el 57 a.C.; Propertio nace en el 47 a.C. y muere de 32 años en el 15 a.C., y Tibulo nace en el 54 a.C., y muere de 35 años en el 19 a.C.

A pesar de morir jóvenes, la producción de estos poetas fue pródiga y trascendió los siglos, especialmente como creadores y cultivadores de elegías, las cuales son cantos en primera persona, autobiográficos, que narran entre otras cosas sus peripecias amorosas de una manera que sorprende a quienes crecimos oyendo hablar del estoicismo y las virtudes romanas.

Eros en la Lírca latina

En medio de vicisitudes políticas Roma pierde el norte que la ha caracterizado durante siglos y al margen de la crisis y reacomodamiento se relajan las rígidas costumbres romanas, los gobernantes pierden prestigio y se acusa a la clase política de corrupción. Esa es la Roma que muestran en sus elegías los líricos latinos, poetas del amor desordenado, una Roma donde se enamoran de mujeres casquivanas, liberadas, seguras, promiscuas e interesadas que los enloquecen, los desechan y los inspiran.

Propertio amó a Cintia, Tibulo a Delia, Ovidio a Corina y Catulo a Lesbia, ellas se llevaron sus versos de amor, de ansiedad, de admiración, de odio, de gratitud, de celos y de pasión. Casi todos crudos en sus expresiones, algunos obscenos, groseros, vulgares, irreverentes y se refieren con total libertad al incesto, a la violación a la promiscuidad, a la infidelidad y al homosexualismo. La subversión de valores en Roma es evidente si nos atenemos a sus escritos.

Eligen la elegía, sucesora de la poesía helenística y neotérica, considerada un subgénero de la lírica destinado a la evocación de las cosas perdidas, por lo cual era frecuente su uso en los funerales, pero también en los versos didácticos y en sus sátiras. En cuanto a la forma, las elegías son polimétricas y se clasifican por sus sílabas y la alternancia de un verso hexámetro con uno pentámetro. Su ritmo se denomina ritmo elegíaco y se eran más para ser cantadas al son de la lira u otro instrumento que para ser leídas. Cicerón llamó "Neoréticos" a los elegíacos con algo de desprecio, si se tiene en cuenta que durante un tiempo fue uno de ellos.

La temática de la elegía ya no es solamente a la patria, como en toda la producción literaria griega y romana anterior, entre otras causas porque la nación comenzaba a desprestigiarse desde su cúpula por continuos casos de corrupción que también cantaron algunos elegíacos.

La elegía que nos detiene es la que canta al amor, a un amor que se sale de lo que consideramos normal, que excede los parámetros virtuosos que conocemos del romano. Este amor de los elegíacos es un amor de jóvenes osados y aventureros, es un amor de locura sexual en el cual las protagonistas son unas crueles y seguras mujeres y ellos, los enamorados, humillados y fogosos poetas.

Es posible que incida en esa crueldad femenina la pobreza de los jóvenes poetas que buscan el amor por el amor en mujeres hermosas que no tienen interés en amar por amar, sino por dinero y cosas materiales a cambio. El sufrimiento de los elegiacos enamorados de amadas que se venden al mejor postor es indecible, dispara su sensibilidad y los inspira para dejarnos plasmadas sus vivencias, sus desengaños y sus celos en sus elegías.

Algunos se consuelan con promesas transitorias: “Yo he sido tu esclavo fiel durante cinco años, oh Cintia, pero ahora todo acabó” le escribió Propertio a Cintia. Amores que se pusieron sobre el raciocinio y la dignidad de estos líricos romanos, es ahí donde se encierra gran parte de la riqueza de sus elegías.

No deja de ser muy interesante encontrar que se rompe el pensamiento tradicional sobre la mujer/cosa descrita y estudiada en los códigos y las historias romanas, sin derechos, excluida de las conversaciones políticas que eran solo de hombres. En la elegía la mujer se muestra sorprendentemente liberada, emancipada, rebelde, que no tienen problema con divorciarse, engañar, casarse de nuevo, hacerse amante o vender su cuerpo, incluso a plebeyos y libertos.

Los elegiacos se alejan del papel del ciudadano romano que conocemos, un ciudadano que trabaja para sostener el hogar, que tiene profundas convicciones de familia, patria y dignidad y nos describen unos romanos distintos, que viven y respiran amor de manera irresponsable, loca, apasionada.

Las elegías están plagadas de manifestaciones de tristeza, celos y desilusión ocasionadas en los poetas por sus amadas de conducta licenciosa que los hacen aceptarlas como son o los abandonan, que los besan y luego los alejan con indiferencia o los engañan con sus amigos. En estos poetas de 30 años su amor y su obra tienen el atrevimiento y la fuerza de la juventud, rompen

los convencionalismos y les queda fácil como a Catulo prometer nueve polvos a su amada, uno tras otro en una noche. Muchos de los versos de Catulo parecen escritos en el lupanar, como cuando interviene entre una pareja de muchachos que tiene sexo.

Las mujeres de estos poetas elegiacos se salen de todos los parámetros históricos conocidos, eran de carácter fuerte, decididas, dueñas de si, seguras, en tanto que ellos asumen un papel pasivo, romántico, a expensas de sus amadas que son más experimentadas y que se dan el lujo de ser con ellos crueles y desdeñosas, muy distintas al papel de la esposa sometida y dócil que nos trae la historia sobre las matronas romanas. Es curiosa igualmente esta actitud en el hombre, porque el ciudadano romano es dueño del mundo, es altivo y arrogante y que en la elegía lo vemos humillado, mordiendo el polvo ante la mujer de su inspiración. Llega al extremo de implorar, en el caso de Catulo a su amigo, para que no se acueste con Lesbia, porque Lesbia es de él.

Es importante resaltar que en aquella época los romanos invadían naciones y pueblos y traían de regreso damas de alcurnia, princesas o cortesanas en sus países, que en Roma no eran más que esclavas. Muchas de estas mujeres de costumbres y modales refinados enloquecieron a los romanos y utilizaron sus encantos para sobrevivir. Estos jóvenes poetas, ante ellas se divorcian los elegiacos de la virtud, la religiosidad, la fidelidad, la castidad, la pudicia, la dignidad, a todo renuncian por la codicia del sexo de la mujer que se ama y solo sexo obtienen.

En anexo 1 un pequeño resumen de lo que dicen los elegiacos sobre el amor, los celos, el despecho, la infidelidad, el homosexualismo, el desenfreno, etc.:

Bibliografía

Fuentes virtuales consultadas

Elegía erótica romana Paul Veyne

Ma cristina Salatino de Zubiría propercio 111 13. la profecía del poeta

[http://interclassica.um.es/var/plain/storage/original/application](http://interclassica.um.es/var/plain/storage/original/application/http://www.anmal.uma.es/numero26/02_Propercio.pdf)http://www.anmal.uma.es/numero26/02_Propercio.pdf

<http://es.scribd.com/doc/97268006/Propercio-Sexto-Elegias-bilingue>

<http://es.wikipedia.org/wiki/Propercio>

<http://es.wikipedia.org/wiki/Lucilio>

<http://es.wikipedia.org/wiki/Ovidio>

www.biografiasyvidas.com/biografia/o/ovidio

<http://es.wikipedia.org/wiki/Lucrecio>

http://www.culturaclasica.com/literatura/lirica_romana.htm

www.astromia.com/historia/astroroma.htm

www.tendencias21.net/.../ovidio-mas-que-un-poeta

Poesía [didáctica - Culturaclasica.com](http://www.culturaclasica.com)

www.culturaclasica.com/literatura/poesia_didactica.htm

centros5.pntic.mec.es/ies.victoria.kent/Rincon-C/Cie.../Lucrecio

hijosdemarte.blogspot.com/2008/07/la-stira-en-roma-lucilio

www.mcnbiografias.com/app-bio/do/show?key=propercio-sexto

A LA AMADA		
CATULO	PROPERCIO	LUCRECIO
Vivamos, Lesbia mía, y amemos y los rumores de los severos viejos Todos unidos estimemos en un as. Pueden morir y renacer los soles; nosotros, cuando muera la breve luz, debemos dormir una noche perpetua. Dame mil besos, luego cien, Después otros mil,	Cintia, si a mi trabajo se va a conceder alguna estima, a ti deberé toda recompensa. Tú me das la fuerza misma de componer poesía, a ti debo mi talento, a ti toda la elocuencia. Bajo tu guía acceden a mis votos las divinas hermanas, bajo tu guía bebo sueños de la fuente Castalia. Sé que te pertenecen los mejores honores: con mi mejor poesía,	Considera al amor como una enfermedad curable. “Y no es por acción divina o por las saetas de Venus que a veces es amada una mujeruca de escasa belleza. Pues a menudo lo consigue la propia mujer por su conducta, su suave carácter, el aseo y cuidado de su persona, y fácilmente

luego doscientos, Después hasta otros mil, luego un ciento. Luego, cuando hagamos muchos miles, los turbaremos, porque no sepamos, O no pueda adivinar algún malvado, Qué tanto hubo de besos.	pues, si me es posible, te llevaré a las estrellas, y estarás en la primera composición de mi libro: tú serás para mí principio y serás también mi fin.	induce a compartir su existencia. Por lo demás, el hábito engendra el amor. Pues lo que es golpeado sin tregua, aunque los choques sean leves, cede a la larga y se derrumba. ¿No ves cómo hasta las gotas que caen en la peña acaban con el tiempo perforándola?”
OVIDIO	TIBULO	LUCILIO
Laureles del triunfo, venid a ornar mis sienes: vencimos; al fin reposa en mi seno esa Corina que el esposo, el guardián, la puerta y tantos enemigos impedían que fuese víctima de la astucia. Aquella victoria es digna de solemne triunfo, en que se conquista la presa sin derramar una gota de sangre.	y ponga los campamentos de Marte en terreno conquistado, y todo revestido de plata, todo de oro, cabalgue sobre un brioso caballo para ser admirado. Si yo mismo pudiera, Delia mía, uncir los bueyes sólo contigo y apacentar el ganado en el monte de siempre, y a ti, en tanto se me permita, retenerte con amorosos brazos, reconfortante me ería el sueño sobre la tierra sin cultivar. ¿Qué supone acostarse en un lecho tibio sin que el amor te acompañe, cuando hay que pasar la noche en vela llorando?	Nace en 148 o 147 a. C. y muere en Nápoles 102 o 101 a. C.). La diferencia de cien años con los otros cinco autores marca conceptos y estilos. Lucilio habla de Epicuro como su enemigo, en tanto que los elegiacos con epicureístas. En Lucilio se aprecia el amor por Roma y el combate contra la corrupción en el debate que por este concepto hace al senador Lupo
DESPECHO		
CATULO	PROPERCIO	LUCRECIO
Desgraciado Catulo, deja ya de hacer tonterías, y lo que ves perdido, dalo por perdido. Brillaron una vez para ti soles luminosos, cuando ibas a donde te llevaba tu amada, querida por ti como no lo será ninguna. Entonces se sucedían escenas divertidas, que tú buscabas y tu amada no rehusaba. Brillaron de verdad para ti soles luminosos. Ahora ella ya no quiere; tú, no seas débil, tampoco, ni sigas sus pasos ni vivas desgraciado, sino endurece tu corazón y mantente firme.	Cintia fue la primera que me cautivó con sus ojos, pobre de mí, no tocado antes por pasión alguna. Entonces Amor humilló la continua arrogancia de mi mirada y sometió mi cabeza bajo sus plantas hasta que, cruel, me indujo a odiar a las castas doncellas y a llevar una vida sin ningún sentido. Y ya hace un año entero que no me deja esta loca pasión, mientras se me obliga a tener a los dioses contra mí	Para Lucrecio el amor es una enfermedad que debe y puede curarse, en su De Rerum Natura, da explicaciones de cómo se adquiere el amor y cómo curarse de este mal. “Se excita en nosotros aquel semen de que antes hablamos, tan pronto la edad viril robustece los miembros. Pues cada ser es conmovido por una causa distinta, y al semen de un hombre sólo le excita la influencia de una persona humana. Expulsado apenas de las partes donde tiene su sede, el semen se retira del resto del cuerpo y, atravesando miembros y órganos, concéntrase en una determinada región de los nervios y excita al

<p>¡Adiós, amor! Ya Catulo se mantiene firme: ya no te cortejará ni te buscará contra tu voluntad. Pero tú lo sentirás, cuando nadie te corteje. ¡Malvada, ay de ti! ¡Qué vida te espera! ¿Quién se te acercará ahora? ¿Quién te verá hermosa? ¿De quién te enamorarás? ¿De quién se dirá que eres? ¿A quién besarás? ¿Los labios de quién morderás? Pero tú, Catulo, resuelto, mantente firme</p>		<p>momento las partes genitales del cuerpo. Irritadas éstas, se hinchan de semen, y surge el anhelo de expulsarlo contra el objeto del violento deseo, y el cuerpo busca aquel cuerpo que ha herido el alma de amor.”</p>
<p>OVIDIO</p>	<p>TIBULO</p>	<p>LUCILIO</p>
<p>Vete lejos con tus flechas, Cupido; ninguna mujer vale tanto que me haga desear la muerte a todas horas. Sí, deseo morir cuando recuerdo tu felonía, joven nacida para mi eterna condenación. Las tablillas engañosas no me han revelado tu proceder, ni delataron tu crimen los regalos furtivos que recibiste. ¡Ay!, ojalá al recriminarte salieses victoriosa de la prueba.</p>	<p>Escriban otros de ti o permanece desconocida, como quieres: que te alabe quien siembra en tierra estéril. Todos tus dones, créeme, contigo en un solo féretro se llevará el negro día de tu último funeral; y pasará el caminante despreciando tus huesos sin decir: «ESTAS CENIZAS FUERON UNA JOVEN REFINADA».</p>	<p>Sus referencias son al amor conyugal</p>
<p>TRAICIÓN</p>		
<p>CATULO</p>	<p>PROPERCIO</p>	<p>LUCRECIO</p>
<p>Celio, mi Lesbia, la Lesbia aquella, Aquella Lesbia, que Catulo amó más, a ella sola, que así mismo y que a todos los suyos, ahora en callejones y esquinas Se la mama a los nietos del magnánimo Remo.</p>	<p>A menudo temí muchas amarguras de tu ligereza, excluida sin embargo, Cintia, esta traición. ¡Mira a qué peligro me arrastra la fortuna! Tú, sin embargo, te muestras insensible a mis temores, y tienes el valor de arreglar con tus manos el peinado de ayer, de maquillarte la cara en prolongada calma y de adornar tu pecho con</p>	<p>.. Aunque estés amarrado y maniatado, podrías escapar del enemigo si no te lo impidiesen tú mismo y no empezaras cerrando los ojos a los defectos, morales y físicos, de la mujer que pretendes y quieres. Esto es lo que hacen comúnmente los hombres cegados por la pasión, y le atribuyen en cambio méritos de los que en verdad está ayuna.</p>

	<p>pedras preciosas de Oriente, como una linda doncella se engalana para presentarse a su nuevo amante.</p>	
OVIDIO	TIBULO	LUCILIO
<p>Estólido, si no tienes necesidad de vigilar los pasos de tu mujer, vigílala por mí y me la harás mucho más apetecible. Lo que se nos permite lo estimamos en poco; lo que se nos prohíbe enciende nuestro ardor. Tiene un corazón de hierro el que acepta lo que otro le consiente; los amantes debemos esperar y temer a la vez, y como estímulo de nuestra ansiedad llevar alguna que otra repulsa. ¿De qué me sirve la fortuna si no puede engañar nunca mis aspiraciones? Yo amo lo que es capaz de ocasionarme un tormento. La astuta Corina advirtió en mí este flaco, y adivinó con sagacidad los medios más hábiles para prenderme. ¡Ah!, ¡cuántas veces estando sana fingió atroces dolores de cabeza.</p>	<p>Siempre, para seducirme, me muestras tu tierno semblante, pero después, en cambio, Amor eres funesto y altivo para el desdichado. ¿Por qué tienes esa crueldad conmigo? ¿Acaso es una gran gloria el que un dios trame emboscadas a un hombre? Pues se me tienden trampas: ya Delia, a escondidas, no sé a quién otorga apasionada sus favores en la callada noche. Ella, por supuesto, niega cosas tan graves, pero es difícil creerla: así también reniega de mí en presencia de su marido. Yo mismo, infeliz, le enseñé de qué forma podría engañar a sus guardianes; ¡ay, ay! ahora me veo atrapado por mi propia arte. Ahora ha aprendido a poner excusas para dormir sola, ahora a poder cerrar la puerta sin que haga ruido el gozne. Entonces le di pociones y hierbas para quitarse los moretones que el mutuo goce produce al morder. Pero tú, incauto esposo de una engañosa muchacha, hazme caso para que ella no te engañe. Ten cuidado de que no ensalce a los jóvenes con excesiva charla ni se eche, enseñando el escote, con el vestido suelto, ni te engañe con un gesto y que no saque vino con el dedo y escriba mensajes alrededor de la mesa. Teme cuantas veces vaya a salir o si dice que va a ver los sacrificios de la Buena Diosa no aptos para maridos. Pero si me crees, yo sería el único que la seguiría a los altares: en esa ocasión no tendría que temer por mis ojos. A menudo, con la excusa de apreciar sus joyas y su sello, recuerdo haberle tocado la mano; a menudo te produje sueño con el vino, mientras yo mismo, vencedor, bebía copas rebajadas con agua. No te he hecho daño a conciencia: perdona al que te lo confiesa; me lo ordenó Amor, ¿quién alzaría sus armas contra los dioses? Yo soy aquél, y no me avergonzará ya decir la verdad, a quien tu perra acosaba durante toda la noche. ¿Por qué te es necesaria una cariñosa esposa? Si no sabes conservar tus bienes, en</p>	<p>No trata el tema de la traición de la amada</p>

	vano hay una llave en tus puertas. Te tiene, mas suspira por otros amores ausentes y simula que de repente le ha entrado dolor de cabeza. Pero confíamela para guardarla: no rechazo los crueles azotes, no rehúso yo las cadenas de los pies. Entonces permaneced lejos, quien quiera que acicale sus cabellos con mimo y a quien la toga desceñida le cae con abierto pliegue.	
DESESPERACION		
CATULO	PROPERCIO	LUCRECIO
Tan enredada está mi razón, mi Lesbia, por tu culpa, y por seguirte a ti está tan perdida, que ya no podré estimarte por muy bien que te portes, ni por muy mal que te portes dejaré de quererte.	Vosotros, amigos, que tarde acudís a mi caída, buscad remedios para un corazón enfermo; con valor soportaré el hierro y el fuego cruel, con tal de tener libertad para decir lo que dicte mi ira; llevadme por lejanos países, llevadme por el mar, allí donde ninguna mujer pueda seguir mis pasos. Quedaos vosotros, a quienes el dios asiente con oído favorable, y sed fieles en un amor siempre seguro. En mi caso nuestra querida Venus ensaya noches amargas y Amor sin dueño no me falta en tiempo alguno. Evitad, os lo aconsejo mis males: que a cada cual retengan sus propias cuitas y no cambie su habitual amor. Más, si alguien hiciera oídos sordos a mis consejos, ¡con cuánto dolor, ay, recordará mis palabras!	Amor/enfermedad Pues, por lo general, el herido cae del lado de la herida, y la sangre brota en dirección al lugar de donde el golpe nos vino, y si el enemigo está cerca, el rojo chorro le alcanza. Así, el que es herido por los dardos de Venus, tanto si los dispara un mancebo de miembros femeniles como una mujer que respira amor por todo su cuerpo, tiende hacia aquel que lo hiere, se afana en unirse con él y descargarle en el cuerpo el humor que emana del suyo; pues el mudo deseo le presagia placer
OVIDIO	TIBULO	LUCILIO
Es hartos simple el que se siente ultrajado por el adulterio de su esposa, y no conoce bastante las costumbres de la ciudad, en la que no nacieron sin mácula los hijos de Ilia y Marte, Rómulo y Remo. Si la querías casta, ¿por qué la buscaste tan hermosa? Estas dos prendas de ningún modo saben ir juntas.	Fue de hierro aquél que, el primero, arrebató a un joven su amada y a una muchacha su joven amado. También fue cruel aquél que pudo soportar tamaño dolor y pudo vivir a pesar de serle arrebatada su esposa. No soy yo resuelto en esto, mi carácter no tiene esta entereza: el dolor rompe valerosos corazones. Y no tengo pudor en decir la verdad y en confesar los tedios nacidos de mi vida, sufridora de tantos males. Pues cuando vaya a convertirme en tenue sombra y la negra pavesa cubra por encima mis blancos huesos, que Neera venga ante mí mesados sus largos cabellos y lllore, afligida, ante mi pira. Pero que venga acompañada por el dolor de su querida madre:	

DESENFRENO

CATULO	PROPERCIO	LUCRECIO
<p>¡Qué cosa más ridícula y chistosa, Catón, digna de tus oídos y tus risas! Ríe Catón, por tu amor a Catulo: La cosa es de risa y por demás chistosa. Acabo de sorprender a un mozuelo montando a una chiquilla y. ¡válgame Diona! Caí sobre él con la mía. Como un dardo. Bien tiesa</p>	<p>¿Me preguntas, Demofonte, por qué soy tan débil ante todas? Ningún amor tiene respuesta a tu pregunta: «por qué». ¿Por qué uno lacera sus brazos con cuchillos sagrados y se mutila al loco ritmo de Frigia? A cada ser creado la naturaleza dio un defecto: a mí la Fortuna me concedió estar siempre enamorado, y nunca seré ciego ante las mujeres bonitas. Pero, si mis miembros te parecen débiles y entecos, te equivocas: el culto a Venus nunca es un trabajo. Puedes averiguarlo: muchas veces una joven ha probado que puedo cumplir con ella durante toda una noche. Júpiter por Alcmena hizo descansar a las dos Osas y el cielo estuvo dos noches sin su rey; y, sin embargo, no por eso volvió sin fuerzas a usar el rayo: ningún amor quita por sí mismo sus propias fuerzas. ¿No? una sola joven es poco para mí. Que una me tenga y caliente en sus brazos deseosos, alguna vez otra no me deja sitio; o, si acaso una se enoja con mi esclavo, ¡que se entere que hay otra que quiere ser mía! Pues dos maromas agarran mejor una nave, y con más tranquilidad una madre angustiada cría a dos hijos</p>	<p>La pasión amorosa es una enfermedad muy peligrosa</p>
OVIDIO	TIBULO	LUCILIO
<p>¿Acaso esta joven no es hermosa y distinguida por su elegancia, y no fue por mucho tiempo el ídolo de mis votos? Sin embargo, la languidez me impidió gozar sus favores, y, ¡qué sonrojo!, caí como una masa pesada en el lecho perezoso. Yo anhelante de placer, y ella encendida en el mismo ardor, no pudimos saborearlo por la impotencia a que me redujo mi lasitud. Ella pasó en torno de mi cerviz el ebúrneo brazo, más blanco que la nieve de Sitonia; su lengua ardiente estampó cien besos en mi boca, cruzó con la mía su pierna lasciva, me</p>	<p>Cándido Líber, ven —ojalá tengas siempre la piadosa vid, ojalá lleves así tus sienas ceñidas de hiedra— y quita tú mismo mi pesar con la pátera curativa: muchas veces un amor cayó vencido con un presente tuyo. Querido muchacho, rebosen las copas de generoso Baco y escáncianos falernos con mano inclinada. Marchaos lejos, cruel linaje de abatimiento, marchaos, afanes: que brille aquí Delio con sus alas color de nieve. Vosotros, entrañables amigos, favoreced sólo este propósito y que ninguno se niegue a ser mi acompañante bajo mi guía o, si alguno rehúsa el apacible certamen</p>	

<p>prodigó mil ternuras, me llamó su dueño, me dijo todas aquellas palabras que excitan el vigor, y, no obstante, mis fríos miembros, como si estuviesen emponzoñados por la cicuta, se negaron a satisfacer sus deseos.</p> <p>Yacía como un tronco inerte, como una estatua, como un peso inútil, y llegué a dudar si era un cuerpo o una sombra.</p> <p>¿Cuál será mi vejez, si logro alcanzarla, cuando en la misma juventud desfallecen mis fuerzas? ¡Ah!, me avergüenzo de mis años; soy un hombre joven todavía, y mi amiga no me encuentra ni hombre ni joven, y se alza del lecho como la casta sacerdotisa que ha de velar el fuego eterno de Vesta.</p>	<p>del vino, que lo engañe su querida muchacha con encubierta mentira</p>	
--	---	--

CELOS		
CATULO	PROPERCIO	LUCRECIO
<p>Quinto, si quieres que te deba los ojos Catulo o si hay algo más querido en la mirada no le raptas lo que ama más que a sus ojos o, si acaso, lo más amado que guarda su mirada</p>	<p>En mi desgracia, sospecho la presencia de un hombre debajo de la túnica.</p> <p>Por estas faltas, la leyenda cuenta, se llegó antaño a la guerra, por estos inicios ves cadáveres en Troya; esa misma locura salvaje llevó a los Centauros a romper las copas ante la oposición de Pirítoo. ¿A qué buscar ejemplos griegos? Tú eres el responsable de un crimen,</p>	
OVIDIO	TIBULO	LUCILIO
<p>He sufrido mucho y por largo tiempo; tu perfidia acabó con mi paciencia: amor bochornoso, huye de mi pecho quebrantado. Al cabo ya soy libre, ya rompí las cadenas, y me avergüenza haber</p>	<p>Siempre, para engañarme, me muestras sonriente tu semblante, después, para mi desgracia, eres duro y desdoso, Amor. ¿Qué tienes conmigo, cruel? ¿Es que es tan alto motivo de gloria que un dios tienda trampas a un hombre? Pues a mí se me están</p>	

<p>soportado tanto desprecio sin rubor. Acaso el dolor te sea algún día de provecho ¿Conque después de verme rechazado cien veces de tu puerta, yo, hombre libre, llegué a reposar en sus umbrales?; ¿con que yo, como un esclavo, me constituí en guardián de tu casa cerrada, en tanto que estrechabas en tus brazos a no sé qué rival? He visto a tu amante que salía rendido de allí, con paso inseguro, como un inválido del servicio; pero esto es una nonada en parangón del sonrojo que sentí al verme descubierto por él</p>	<p>tendiendo lazos; ya la astuta Delia, furtivamente, a no sé quién en el silencio de la noche abraza. Por cierto que ella lo niega entre juramentos, pero es muy difícil creerla. Así también sus relaciones conmigo as niega siempre ante su marido. Fui yo mismo, para mi desgracia, el que le enseñé de qué forma se puede burlar la vigilancia: ay, ay, ahora estoy pillado por mis propias mañas. Entonces aprendió a inventar pretextos para acostarse sola; entonces a poder abrir la puerta sin rechinar los goznes. Entonces le di jugos de hierbas con los que borrarse los cardenales que produce, al morder, la pasión compartida</p>	
---	--	--

INFIDELIDAD		
CATULO	PROPERCIO	LUCRECIO
<p>Lesbia habla mal de mí delante de su marido, y el imbécil se goza con ello. ¡Caballo! Tú no caes en la cuenta: Si no me insultara y no se acordara de mí, estaría curada.</p> <p>Pero si grita mucho, no sólo se acuerda de mí, sino, lo que es peor todavía, está furiosa. O sea: que habla mucho porque me quiere mucho.</p>	<p>¿Es verdad, Cintia, que estás en boca de toda Romay vives en medio de notoria inmoralidad? ¿He merecido esperar esto? Sufrirás, pérfida, el castigo, y me llevará, Cintia, el viento a otra parte. Encontraré, con todo, de entre muchas mentirosas a una que quiera hacerse famosa con mis versos, que no se burle de mí con tan soberbia conducta y te cause daño: ¡tarde, ay, llorarás tú tanto tiempo amada! Ahora mi ira es reciente, ahora es tiempo de retirarse: si el dolor se fuera, créeme, volverá el amor.</p>	
OVIDIO	TIBULO	LUCILIO
<p>Tú alardeas del oprobio que mancilla tu fama y eres la pregonera de tus escándalos. Vuelve a mejor acuerdo, imita a las honradas, y aunque no lo seas, que yo te admire como un dechado de probidad. Toma el aspecto de la inocencia temerosa, y</p>	<p>Un rumor dice sin cesar que mi muchacha me engaña: ahora quisiera ser yo de oídos sordos. Estas faltas no se comenten sin dolor por mi parte: ¿Por qué atormentas a un desdichado, cruel rumor? Calla.</p>	

<p>que un falso pudor disfrace tus noches obscenas. Burla a la gente con tus palabras; engáñame, déjame vivir ignorante, y que labre mi dicha una estúpida credulidad. ¿por qué apenas advierto espacio de tu lecho que no esté hundido?; ¿por qué tus cabellos andan más alborotados de lo que suele ponerlos el sueño, y distingo en tu cuello las señales impresas de los dientes? Sólo te falta realizar tus delitos a presencia mía. Si no te condues de tu fama, conduélete de mí. Pierdo el seso y me pongo a morir cuantas veces me confiesas tus extravíos. Te amo; deseo odiarte, y siento que me es imposible, y entonces quisiera morir, pero junto contigo. Si te sorprendo alguna vez en medio de la culpa y mis ojos llegan a ser testigos del oprobio, aquellos que haya visto bien niega que lo he visto, y desmentiré a mis ojos por creer tus palabras.</p>		
--	--	--

HOMOSEXUALISMO		
CATULO	PROPERCIO	LUCRECIO
<p>Que te diré, Gelio, cuando se comenta, a tus espaldas, que tus rosados labios se vuelven más blancos que la nieve de invierno cuando de mañana sales de casa, y cuando la octava hora te arranca de las dulzuras de la siesta en los días más largos?</p>	<p>Los poetas latinos de esta época daban por hecho que todos los hombres sienten un deseo homosexual en algún momento de su vida. Cátulo, Horacio, Virgilio y Ovidio entre ellos</p>	

<p>Habr� algo de cierto en los rumores que susurran que te tragas los crecidos miembros entre las piernas de los hombres? Cierta lo es: gritan los huevos reventados del pobre Víctor y tus labios manchados con la leche que orde�aste</p>		
<p>OVIDIO</p>	<p>TIBULO</p>	<p>LUCILIO</p>
<p>Odio los acoplamientos que no den placer a ambos partners</p>	<p>El día que te trajo a mí, Cerinto, �e será para mí sagrado y habrá de contarse siempre entre los festivos. Al nacer t�, las Parcas vaticinaron una nueva esclavitud para las muchachas y te entregaron altivos reinos. Me abraso yo antes que otras: me agrada abrasarme, Cerinto, si una mutua pasión te asiste debido a mí. Que haya un amor correspondido, lo pido por tus dulcísimos hurtos, por tus ojos y por tu Genio .Quédate, Genio, recibe de buen grado los inciensos y favorece mis votos si alguna vez aquél se abrasa cuando piensa en mí. Pero si por casualidad ahora suspira ya por otros amores, entonces te pido, venerable, que abandones tus infieles altares: Y t� no seas injusta, Venus: o que uno y otro, encadenados, te sirvamos por igual o afloja mis cadenas, o, mejor, que uno y otro estemos atados por sólida cadena y que ningún día después de éste pueda desatarla. El joven desea lo mismo que yo, pero lo desea encubiertamente, pues le avergüenza decir estas palabras a las claras. Mas t�, Natalicio, puesto que como dios adviertes todo, consiente: �qu� más da que lo pida escondida o abiertamente</p>	

Como dato curioso, traigo a colación parte del trabajo entregado en el foro, sobre tres versiones diferentes de la poesía erótica de Catulo

	<p>www.negenborn.net</p>	<p>Ernesto Cardenal</p>	<p>Ramón Irigoyen</p>
--	---	-------------------------	-----------------------

1	<p>¿A quién doy este lindo librito nuevo, recién pulido con la árida piedra pómez? A ti, Cornelio: porque tú solías tener mis niñerías por dignas de estimación ya en ese entonces, cuando te atreviste, el único entre los italianos, a explicar todas las épocas en tres libros doctos, ¡por Júpiter!, y elaborados. Por eso, toma para ti cualquier cosa de este librito, cualquiera que sea su valor. ¡Virgen patrona, que perdure por más de un siglo!</p>	<p><i>¿A quién dedicaré mi preciosa plaquette, mi preciosa plaquette de papiro pulida con piedra pómez? A ti Cornelio Nepote: porque tú apreciaste estas sonseras mías, desde hace tiempo, cuando compendiabas entonces, por la primera vez en Italia, tu Historia Universal en tres volúmenes, obra monumental y ¡Júpiter! erudita. Acepta pues este librito y consérvalo, cualquiera que sea su mérito. ¡Y tú, oh Virgen, mi Patrona, haz que dure sin marchitarse más de un siglo!</i></p>	
5	<p>Vivamos, Lesbia mía, y amemos, Y los rumores de los severos viejos Todos unidos estimemos en un as. Pueden morir y renacer los soles; Nosotros, cuando muera la breve luz, Debemos dormir una noche perpetua. Dame mil besos, luego cien, Después otros mil, luego doscientos, Después hasta otros mil, luego un ciento. Luego, cuando hagamos muchos miles, Los turbaremos, porque no sepamos, O no pueda adivinar algún malvado, Qué tanto hubo de besos. Gorrión! Delicias de mi amada! Con quién ella acostumbra a jugar, a resguardar en su pecho, a brindar su dedo a el que lo espera e incitar a agudos picotazos. Cuando al resplandeciente objeto de mi deseo le gusta jugar a no sé qué cosa querida, y el pequeño alivio de su dolor, creo, para entonces calmase su pesado dolor. Si</p>	<p>Vivamos, Lesbia mía, y amémonos, sin importarnos la crítica de los viejos. El sol se pone cada tarde y sale al día siguiente, pero nosotros, cuando se nos apague la vela, dormiremos una noche sin fin. Dame mil besos y después dame cien más y después otros mil más y después otros cien más y después otros mil más y después otros cien más y muchos miles más hasta que enredemos la suma y ya no sepamos cuántos besos nos damos ni los envidiosos lo sepan.</p>	<p>Vivamos, Lesbia mía, y amémonos y no nos importen un as todos los chismes de los ancianos más ceñudos. Los soles pueden ponerse y renacer. Pero nosotros, una vez que se extinga nuestra breve luz, una noche perpetua tenemos que dormir. Dame mil besos, luego cien, Luego otros mil, sien más después y otra vez mil seguidos y otros cien y cuando hayamos sumado muchos miles embrollaremos la cuenta para no saberla y para que ningún malvado pueda aojarnos si supiera que tanto nos besamos</p>

	yo mismo pudiera jugar contigo tal cual lo hace ella y aliviar las inquietudes de mi triste alma! Tan grato es para mí como fue a la ágil muchacha la manzana de oro que la liberó de su ceñidor ligado durante mucho tiempo.		
7	<p>Tú me preguntas cuantos de tus besos, Lesbia, serían suficientes para mí? Tantos como los granos de arena Libios que yacen en la rica en hinojos Cirena, entre el oráculo del acalorado Júpiter y la tumba sagrada del anciano Bato. O tantos como las estrellas que en el silencio nocturno observan los amores furtivos de los mortales. Sólo tantos besos de tu boca serían suficientes para el loco de Catulo. Tantos besos que ni los curiosos puedan contar ni las malas lenguas hechizar</p>	<p>Me preguntas, Lesbia, cuántos besos me bastan: Cuántas son las arenas del desierto de Libia, en Cirene entre el oráculo de Júpiter y el sepulcro de Bato; cuántas son las estrellas que en la noche callada contemplan los amores ocultos de los hombres: Estos besos le bastan a tu loco Catulo, que no puedan los curiosos calcularlos ni la maledicencia causarles maleficio.</p>	<p>Me preguntas, Lesbia, cuantos besos tuyos serían suficientes para mí. Tan gran número como las arenas de Libia se extienden por Cirene, rica en laserpicio, entre el oráculo sagrado del viejo Bato; o tantos como estrellas ven, cuando calla la noche, los furtivos amores de los hombres: le bastaría al loco de Catulo que tú le dieras tantos besos que contar no pudieran los curiosos ni con su perniciosa lengua aojarlos.</p>
8	<p>Desgraciado Catulo, deja ya de hacer tonterías, y lo que ves perdido, dalo por perdido. Brillaron una vez para ti soles luminosos, cuando ibas a donde te llevaba tu amada, querida por ti como no lo será ninguna. Entonces se sucedían escenas divertidas, que tú buscabas y tu amada no rehusaba. Brillaron de verdad para ti soles luminosos. Ahora ella ya no quiere; tú, no seas débil, tampoco, ni sigas sus pasos ni vivas desgraciado, sino endurece tu corazón y mantente firme. ¡Adiós, amor! Ya Catulo se mantiene firme:</p>	<p>Pobre Valerio Catulo no te hagas ilusiones y lo perdido dalo por perdido. Para ti ya brilló el sol una vez, cuando corrías detrás de la muchacha que amé como ninguna otra ha sido amada. Y hubo entonces, ¿recuerdas?, tantos goces que tú pedías y ella no negaba. Sí, para ti ya brilló el sol una vez. Ahora ella no quiere: tú no quieras tampoco. Ni sigas a la que te huye, ni estés triste, sino</p>	<p>Pobre Catulo, deja de hacer el tonto, y lo que ves que ha muerto dalo ya por perdido. En tiempos brillaron para ti soles radiantes, cuando acudías a donde te llevaba una muchacha por mí amada como ninguna otra ya será querida. Entonces eran realidades goces sin cuento, que tu querías y que no rehusaba tu muchacha. De verás que brillaron para ti soles radiantes: Ahora ella ya no quiere: tú, ya sin control, no lo quie3ras tampoco ni la persigas en tu huida, ni vivas desdichado, sino que con obstinado ánimo resistes, hazte duro. Adiós, muchacha. Ya Catulo se ha endurecido, ya no te buscará ni solicitará contra tu voluntad.</p>

	<p>ya no te cortejará ni te buscará contra tu voluntad. Pero tú lo sentirás, cuando nadie te corteje. ¡Malvada, ay de tí! ¡Qué vida te espera! ¿Quién se te acercará ahora? ¿Quién te verá hermosa? ¿De quién te enamorarás? ¿De quién se dirá que eres? ¿A quién besarás? ¿Los labios de quién morderás? Pero tú, Catulo, resuelto, mantente firme</p>	<p>pórtate valiente, no claudiques. Adiós, muchacha, Catulo ya no claudica, ni nunca más te buscará, ni volverá rogarte. Pero a ti te pesará cuando nadie te ruegue. ¡Me da lástima por tí! Pienso qué días te esperan. ¿Ahora quién te visitará? ¿Para quién serás bella? ¿Ahora a quién amarás? ¿Dirán que eres de quién? ¿A quién vas a besar? ¿A quién le morderás los labios? Pero tú, ¡valiente! Catulo. ¡No claudiques!</p>	<p>Pero tú sufrirás, cuando ya nadie te requiera. ¡Ay de tí, maldita! ¡Qué vida te espera! ¿Quién se te acercará ahora? ¿Q quién parecerás hermosa? ¿Q quién querrás ahora? ¿De quién dirán que eres? ¿A quién vas a besar? ¿A quién le morderás los labiecitos? Pero tú Catulo, tenaz mantente duro.</p>
32	<p>Te ruego, mi dulce Ipsitilla, delicia mía, encanto de mi vida, invítame a tu casa esta tarde. Si aceptares, procura otra cosa: que tu puerta dejes destrancada, y no se te ocurra salir. Quédate en casa y prepárate para nueve - sí, nueve sucesivas culeadas! Si estás de acuerdo, invítame ahora: Porque estoy comido y satisfecho, echado boca arriba, mi verga salida de mi túnica y manto</p>		<p>Por favor, dulce Ipsitilla mía, mi delicia y donaire, invítame a tu casa a echar la siesta. Y si me invitas, hasme este otro favor: que nadie eche el cerrojo a tu puerta, ni te apetezca salir fuera sino que estate en casa dispuesta a echar conmigo nueve polvos seguidos. Pero si accedes, invítame ahora mismo: pues he comido ya y, bien lleno, estoy tumbado boca arriba y perforo la túnica y el manto</p>
41	<p>Ameana, la gastada prostituta quería diez mil por sus servicios. Mujer de nariz horrible amiga del enjaranado Formiano. Parientes encargados de cuidar de esa mujer convoquen de emergencia a médicos y amigos porque está loca.</p>		<p>Ameana, esa muchacha tan follada, me pidió diez mil sestercios íntegros, esa muchacha de nariz tan feúcha, la amiga del dilapidador de Formias. Parientes que cuidáis a la muchacha llamad a los amigos y a los médicos. La chica no está bien y no le preguntéis qué tal se encuentra: suele sufrir alucinaciones.</p>

	Que se mire en el espejo antes de ponerse precio!		
51	<p>Aquél me parece que es igual a un dios. Aquél, si es lícito, supera a los dioses; el cual sentado al frente te contempla y escucha a la vez reír dulcemente; lo que, desgraciado de mí, me arrebató los sentidos. En efecto, Lesbia, en cuanto te vi nada quedó de voz en mi boca.</p> <p>La lengua se vuelve torpe. Una tenue llama mana bajo mis arterias.</p> <p>Los oídos tintinean con su propio sonido. La noche cubre las luces gemelas. El ocio, Catulo, te es molesto. Por el ocio te exaltas y gesticulas mucho. El ocio perdió antes que a ti a reyes y ciudades felices.</p>	<p>Me parece que es como los dioses –o más que los dioses – el que pueda sentarse junto a ti y contemplarte y oírte reír dulcemente.</p> <p>Porque yo no puedo mirarte cara a cara, Lesbia, sin perder los sentidos [Quedo sin voz] y se me paraliza la lengua, una ola caliente me recorre la piel, me zumban los oídos, y una doble noche me cubre los dos ojos.</p> <p>Tanta cavilación es peligrosa, Catulo.</p> <p>Tanta cavilación te enloquece y desespera.</p> <p>El amor ha sido causa de la caída de los reyes y de imperios.</p>	<p>Me parece que se asemeja a un dios. Y, si no es sacrilegio, que se halla por encima de los dioses. Quién frente a ti sentado sin cesar te contempla y te oye reír tan dulcemente: risa que a mí, infeliz, todos los sentidos me arrebató: pues, apenas te veo, Lesbia, yo me quedo sin voz en esta boca, la lengua se me traba; por mis miembros se esparce una llama sutil y con su son tan peculiar me zumban los oídos; una noche gemela vela mis pupilas.</p> <p>Catulo, el ocio es para ti funesto; en el ocio te exaltas y te acaloras demasiado; el ocio, en otro tiempo, perdió a reyes y a ciudades felices.</p>
58	<p>Caelius, nuestra Lesbia, esa Lesbia, la misma Lesbia que Catulo amaba más que a sí mismo y a todos los suyos, ahora en las cuatro esquinas y los callejones, avergüenza a los descendientes del noble Remo</p>	<p>Celio, nuestra Lesbia, aquella Lesbia, aquella Lesbia, a la que amaba Catulo más que a él mismo y que a toda su familia, ahora se vende en las plazas y los boulevares de Roma.</p>	<p>Celio, mi Lesbia, la Lesbia aquella, Aquella Lesbia, que Catulo amó más, a ella sola, que así mismo y que a todos los suyos, ahora en callejones y esquinas</p> <p>Se la mama a los nietos del magnánimo Remo.</p>
60	<p>Seguro una leona de las montañas del África o un rugiente demonio no te parieron. Tú, con esa alma tan dura y bárbara que te hace rehusar la suplicante voz de un amigo reducido a lo más bajo de su gran infortunio. Ah que corazón tan duro tienes en tu pecho</p>	<p>¿Acaso una leona de los cerros de Libia o la Escila que ladra con las tripas te parió, que no escuchas esta última súplica ah, cruel corazón?</p>	
	<p>Mi mujer dice que desea casarse con</p>	<p>A nadie más amaré, dice mi muchacha,</p>	

	ninguno excepto conmigo, incluso si Júpiter mismo se lo ofreciera. Eso dice, pero lo que la mujer dice al amante deseoso en el viento y la rápida agua conviene escribir	sino a mí aunque Júpiter la enamore. Dice: pero lo que dice una muchacha se debe escribir en viento o en agua rápida.	
85	Odio y amo. Por qué, quizá preguntes. No lo sé, pero siento que así es, y me consume.	Odio y amo. Tal vez me preguntéis por qué. No lo sé, sólo sé que lo siento y que sufro	Odio y amo. Tal vez preguntes por qué lo hago. No lo sé, pero siento que es así y me torturo
86	Quintia es bella para muchos. Ella para mi es alta, hermosa, y bien formada: Yo confieso estos individualmente. Niego que todo aquello merezca la palabra "bella": porque ninguna belleza, ningún grano de sal esta in un cuerpo tan bello. Lesbia es bella. Y porque es la más pulcra toda, ella sola y toda arrebató a las atracciones de todas.	Quintia es bella, dicen: para mí es alta, blanca, y delgada. Que tiene estas tres cualidades, acepto. Que el conjunto sea bello, niego. No es atractiva. No tiene <<sex appeal>>. Bella es Lesbia, que tiene un cuerpo perfecto y más coquetería que todas las demás mujeres juntas.	Quintia para muchos es guapa: pata mí es blanca, alta, derecha. Yo le reconozco uno por uno esos encantos, pero que sea plenamente guapa yo lo niego: Porque en un cuerpo tan gallardo no hay nada de donaire ni una pizca de sal. Lesbia sí es hermosa, pues siendo toda ella bellísima, además ella sola a todas les quitó todas sus gracias.

Mario Javier Pacheco García

Bibliografía

www.negenborn.net/catullis/

<http://circulodepoesia.com/nueva/2011/02/catulo-segun-ernesto-cardenal/>

dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/68896.pdf